

Petronio estaba en casa. El guardaportón no se atrevió á detener á Vinicio, que se lanzó al atrio como un torbellino, y después que averiguó que el tío se hallaba en la biblioteca, corrió en su busca con la misma furia. Petronio escribía y Vinicio le arrancó bruscamente la pluma de la mano, la rompió y la tiró al suelo, pisoteándola con rabia; púsole luego una mano sobre el hombro, y mirándole fijamente, le preguntó con voz ronca y entrecortada:

— ¿Qué hiciste de ella? ¿Dónde está?

Entonces ocurrió una cosa inesperada. Aquel Petronio, tan afeminado y débil al parecer, agarró primero la mano del joven atleta, que tenía sobre su hombro, después la otra, y apretándolas con una de las suyas, como con un cepo, le dijo:

— Sólo por la mañana es cuando estoy débil; por la noche tengo la fuerza que tuve en otro tiempo. Intenta huir. Creo que ha sido un tejedor quien te ha enseñado la gimnasia y un herrador quien te ha dado lecciones de buena educación.

Su expresión no era de cólera, sino de serena resolución. Después de un instante dejó libres las manos de Vinicio, que permaneció frente á él, acobardado y enfurecido.

— Tu mano es de acero, dijo; pero si me has engañado, juro por los dioses que sabré herirte en el corazón, aun en presencia del emperador.

— Hablemos con tranquilidad, dijo Petronio. Como ves, el acero es más fuerte que el hierro. Si bien es cierto que con una de tus manos se pueden hacer dos de las mías, no te temo; me inspira lástima tu violencia y me sorprendería tu ingratitud, si la ingratitud humana pudiese todavía sorprenderme.

— ¿Dónde está Licia?

— En casa de César.

— ¡Petronio!

— ¡Cálmate y siéntate! Rogué á Nerón que me concediese dos favores: el primero, alejar á Licia de casa de Aulo; el segundo, dártela á ti. Él accedió... ¿Tú tienes escondido un puñal entre los pliegues de la toga? ¿Quieres asesinarme? En todo caso, te aconsejo que esperes un par de días, porque te encarcelarían, y Licia, entretanto, se aburriría en tu casa.

Vinicio miró estupefacto á su tío, exclamando:

— ¡Perdóname! Amo á aquella mujer; el amor me arrancó los sentidos.

— ¡Mírame, Marco! El otro día dije al emperador: «El hijo de mi hermana, Vinicio, está de tal modo enamorado de una muchacha, pupila de Aulo, que á fuerza de suspiros, su casa está convertida en un baño de vapor. Ni tú, César, ni yo, que sabemos apreciar la verdadera belleza, daríamos por ella mil sextercios; pero ese joven ha sido siempre muy cándido y sencillo.»

— ¡Petronio!

— Si no comprendes que dije todo eso por la seguridad de Licia, deberé convencerme de que mis palabras traducían la verdad. Persuadí al emperador de que un hombre de su gusto estético no podía encontrar hermosa á una mujer semejante; y como Nerón no ve más que por mis ojos, no la encontrará hermosa, y por lo tanto, no la deseará. Era necesario asegurarse. Ya no será él, sino Popea, quien descubrirá la belleza física de Licia y quien procurará alejarla del palacio lo antes posible. Además dije á Nerón: «Toma á Licia y dala á mi sobrino. Tienes derecho para ello, desde el momento en que es un rehén, y con esto tienes la seguridad de disgustar á Aulo.» Accedió, no teniendo razón alguna para no hacerlo, tanto más cuanto que yo le ofrecía ocasión para disgustar á personas respetables. Así es que tú serás nombrado tutor del rehén y te será confiado el tesoro licio. Tú, como amigo de los valientes licios y fiel servidor de César, no deberás disipar nada de aquel tesoro, antes bien procurarás acrecentarlo. Para salvar las apariencias, la llevará alguna que otra vez á palacio, y luego la mandará á tu casa, ¡mortal feliz!

— ¿Dices la verdad? ¿Ningún peligro la amenaza en casa de Nerón?

— Si hubiese de permanecer allí, Popea la vigilaría de acuerdo con Locusta; pero así no hay peligro. En el palacio viven diez mil personas; Nerón no tendrá siquiera ocasión de ver á la joven, mucho menos siendo yo el encargado del asunto. Acaba de venir un centurión con la nueva de haber conducido á Licia al palacio imperial y haberla confiado á los cuidados de Acté, que es una excelente joven. Por esto la escogí para que velase por Licia. Hasta Pomponia Grecina debe ser de esta opinión, desde el momento en que escribió á Acté. Mañana Nerón da un banquete, en el cual te he procurado un puesto al lado de Licia.

— ¡Perdona mi precipitación, oh Cayo! Creí que la habías robado para ti ó para César.

— La precipitación puedo perdonártela; más difícil me será olvidar tus maneras vulgares, tus chillidos y tu voz que recordaba la de un jugador de morra. Evítalo, Marco, porque esos modales no me gustan. Has de saber que Tigelino es el medianero de Nerón, y recuerda que si yo quisiera á aquella muchacha, te miraría francamente y te diría: «¡Vinicio, yo me quedo con Licia y la tendré hasta que me canse de ella!»

Así hablando, miraba á Vinicio, que, turbado y confuso, no sabía qué partido tomar.

— Me he equivocado, dijo; tú eres bueno y generoso. ¡Gracias de todo corazón! Mas permíteme una sola pregunta: ¿por qué no hiciste conducir á Licia á mi casa inmediatamente?

— Porque Nerón desea salvar las apariencias. El rapto del rehén constituirá el tema de todas las conversaciones; y hasta que éstas cesen, Licia deberá permanecer en palacio; después será conducida á tu casa..., ¡y buenas noches! *Enobarbo* es un bellaco. Sabe que su poder es ilimitado, y, sin embargo, se empeña en demostrar que todos sus actos tienen su razón. Dime, ¿te sientes dispuesto á filosofar un rato? Más de una vez me pregunté yo mismo: ¿por qué el delito, aun cuando no aparezca en la figura de un César poderoso, inviolable, intenta tomar las apariencias de verdad, de justicia y de virtud? ¿Por qué tanto trabajo? Me parece que el asesinato de una madre, de un hermano, de una esposa puede ser un acto digno de un rey asiático, pero no de un César romano; pero si, á pesar de eso, cometiese algún crimen de esa naturaleza, no escribiría cartas de excusa al Senado. Nerón, en cambio, lo hace. Quiere salvar las apariencias porque es un bellaco. Tiberio no lo era, y, no obstante, justificaba todos sus actos. ¿Y por qué? Es un homenaje extraño y forzado del vicio á la virtud. ¿Y sabes lo que más me asombra? La circunstan-

cia de que esto acontece porque el vicio es feo y la virtud bella; por consecuencia, un hombre de sentimiento estético es virtuoso. Yo soy, pues, virtuoso. Hoy mismo debo ofrecer un sacrificio de vinos á los manes de Protágoras, de Prodicó y Gorgia. Parece que también los sofistas pueden resultar útiles. Pero escucha lo que sigue. Yo saqué á Licia del poder de Aulo para dártela. Lisipo hubiera hecho de vosotros un grupo magnífico. Ambos sois bellos, *ergo* mi acción es bella, y, siendo bella, no puede ser malvada. Marco, ante ti está la virtud, personificada en Cayo Petronio. Si Aristides viviese aún, se vería obligado á venir á mí y ofrecerme cien minas por mi disquisición sobre la virtud.

A Vinicio le interesaban poco los discursos acerca de la virtud, y por lo mismo se limitó á exclamar:

— ¡Mañana veré á Licia, y la tendré todos los días cerca de mí, siempre, por toda la vida, en mi casa! ¡Qué felices seremos!

— Tú poseerás á Licia y yo veré lo que hay que hacer con Plaucio. Seguramente atraerá sobre mí la venganza de todos los dioses subterráneos. ¡Si á lo menos quisiese antes aprender un poco de declamación! Pero él se arrojará sobre mí como hacía con mis clientes mi guardaportón de otro tiempo, á quien tuve que encarcelar por esto.

— Aulo estuvo en mi casa. Le prometí darle noticias de Licia.

— Escríbele que la voluntad de César es ley y que tu primer hijo llevará el nombre de Aulo. El pobre viejo merece un consuelo. Estoy tentado de convencer al emperador de que debe invitarle al banquete. Allí te verá en el triclinio al lado de Licia.

— ¡No lo hagas! Aquella familia me inspira piedad, especialmente Pomponia.

Después sentóse Vinicio y escribió aquellas dos líneas que quitaron á Plaucio toda esperanza.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## VII

Las personalidades más salientes de Roma rindieron á Acté respetuoso homenaje durante el tiempo en que fué amante de Nerón.

Ya en aquella fecha mostró esa mujer escasa afición á mezclarse en los negocios de Estado, y si alguna vez usaba de su influencia sobre el emperador, era tan sólo para implorar clemencia en favor de un desgraciado. Modesta y tranquila, sabía captarse las simpatías y la gratitud de muchos, sin despertar ninguna antipatía. La misma Octavia no era capaz de odiarla; sus enemigos la consideraban inofensiva. Todos sabían que alimentaba una pasión mal correspondida por César, pasión que no vivía ya de esperanzas, sino de recuerdos de aquellos días en que Nerón no sólo era más joven, sino mejor. Que un día pudiese volver á ella Nerón era punto menos que imposible, por lo cual nadie la consideraba peligrosa ó temible. Popea la juzgaba una sierva quieta y tranquila y tan inofensiva, que no pensó ni un momento en arrojarla del palacio.

César la había amado, abandonándola cuando se hastió de sus caricias, pero sin rencor, casi amigablemente, lo cual era un título al respeto de los cortesanos. Ahora le había señalado varias habitaciones en el palacio y concedido buen número de siervos. Como Palante y Narciso, si bien eran libertos de Claudio, no sólo habitaban cerca del emperador, sino que ocupaban importantes cargos del Estado, así Acté sentábase frecuentemente á la mesa de César. Éste la admitía porque la extraordinaria belleza de su antigua amante era el principal ornamento de aquellas fiestas; por otra parte, en cuanto á la selección de sus comensales, Nerón hacía tiempo que no se mostraba difícil.

En su mesa se reunían los más diversos campeones del género humano. Había senadores, en especial los que se prestaban á hacer de bufones; patricios jóvenes y viejos, que se dedicaban á comer bien y á beber mejor. Iban también mujeres de alto copete, que sentían escrúpulos por cubrirse la cabeza con una peluca y paseaban de noche las calles en busca de aventuras para divertirse; además solían concurrir altos empleados y sacerdotes que no se atrevían á burlarse de sus dioses, con el cáliz en la mano. Se encontraban también bajo aquel techo compañías de cantantes, de mimos, de músicos, de bailarines y acróbatas, y aun de sacerdotes que, cantando las alabanzas de Nerón, saboreaban de antemano el placer de una retribución cuantiosa de sextercios; filósofos hambrientos que contemplaban los manjares con mirada anhelosa; y, finalmente, no faltaban en aquel lugar aurigas, prestidigitadores, charlatanes, bufones y aventureros, que habían adquirido una momentánea celebridad gracias á la moda ó á la suerte. Entre éstos veíanse algunos que trataban de ocultar con sus largos cabellos el rastro de la oreja agujereada, indicio de esclavitud.

Los huéspedes notables se sentaban á la mesa, mientras los otros debían pro-

34989